

Paula Sibia

Yo me lo merezco

De la vieja hipocresía a los nuevos cinismos

taurus



LAS TECNOLOGÍAS NO SON NEUTRAS

¿Qué sería un uso excesivo, desmesurado, abusivo o adictivo de celulares y redes? ¿Cómo diferenciarlo de las demás formas de usarlos, supuestamente sensatas o correctas, válidas, quizás civilizadas? ¿Dónde está el límite, cómo identificarlo y evitar transponerlo? Probablemente sea imposible responder esas preguntas. Uno de los motivos está inscripto en la moralidad contemporánea y se plasma en la expresión que nos convoca: *yo lo merezco*. Lo cual equivale a decir que si yo quiero, debería poder hacer lo que se me ocurra con mi teléfono o con lo que sea. Nada ni nadie tiene derecho a impedírmelo.

Otro motivo es un concepto clave de la filosofía de la técnica en que se basan estas reflexiones: las tecnologías no son neutrales. Ni las computadoras ni internet, ni los teléfonos celulares ni la inteligencia artificial, ni siquiera la escuela o el parlamento, una mesa o un pincel, un par de anteojos o una tenaza, un revólver o una linterna, para mencionar solamente algunos de los muchísimos dispositivos inventados por nuestra cultura, ninguno de ellos es una mera herramienta neutra.

Ninguno está desprovisto de valores en sí y, por tanto, se podría usar para hacer cualquier cosa, de modo correcto o incorrecto. Para entender mejor esa visión de la técnica hay que ampliar el foco y, al mismo tiempo, hacerlo más preciso. Desde el punto de vista antropológico y genealógico, sabemos que los cuerpos humanos y las subjetividades no son universales o eternos, siempre idénticos en su esencia por tratarse de una misma especie biológica. Los modos de vivir pueden ser sumamente diversos, van cambiando junto con las épocas y dependen también de las geografías o de muchos otros factores: nos adaptamos a los distintos contextos socioculturales y, junto con esa flexibilidad, desarrollamos varias habilidades, actitudes, creencias, costumbres, tecnologías.

No es el mismo ser humano aquel que se criaba en la Edad Media, en la Antigua Grecia, en una tribu nómada de Oriente Medio o del sur de África hace miles de años, o en los pueblos originarios del continente americano en tiempos previos a la llegada de los europeos, para mencionar solo algunos ejemplos aleatorios. Algo comparable puede decirse con respecto al presente: la experiencia de ser alguien aquí y ahora no es igual a la de nuestros ancestros un par de generaciones atrás, tampoco incluso a la que tuvimos en la infancia o la juventud quienes estamos vivos hace unas cuantas décadas.

Podríamos argumentar que nos volvemos “compatibles” con ciertas tecnologías, retomando aquella metáfora de la simbiosis humano-máquina y usando la expresión “tecnologías” en sentido amplio, como artefactos culturales típicos de cada época o cultura. Más que con los diversos aparatos, de hecho, nos compatibilizamos con los modos de vida que esas tecnologías proponen, suponen y estimulan, que evidentemente también son históricos.

Todavía estamos pasando de una sociedad mecanicista, mecanizadora, mecanizante, que industrializó a la vida bajo la impetuosa metáfora de la máquina analógica —compuesta

por puro hardware y encarnada en la locomotora, el telar, el reloj o las cadenas de montaje fabriles— hacia una cultura que tiende a digitalizarlo todo: cuerpos, subjetividades, modos de vivir. Volviendo, entonces, al punto que nos interesa: las tecnologías no son neutrales. Todas las herramientas llevan la marca de una época porque son históricas, traen incorporados valores y creencias del contexto sociocultural que las gestó, imaginó e inventó para luego adoptarlas y propagarlas.

Aunque todo eso sea obvio, menos evidente es lo que se deriva de esa premisa: justamente por tal motivo, no es cierto que se las pueda usar de cualquier forma o que su provecho dependa del modo en que se las use. Por más amplios y abiertos que sean, y aun cuando a veces haya imprevistos, esos modos de usarlas tienen sus restricciones. Toda y cualquier herramienta supone ciertas formas de manejarla, nos propone un tipo de uso y, por tanto, nos estimula a que hagamos con ella exactamente eso y no otras cosas. Esas maneras de apropiarse de cada tecnología implican, también, ciertas formas de vivir bastante específicas e igualmente históricas.

Siguiendo este razonamiento, el uso que solemos hacer de los celulares o las redes sociales es siempre “excesivo”, ya que de eso se trata, para eso se los inventó y con ese objetivo se fueron perfeccionando: es así como funcionan (y nos hacen funcionar). Ese uso considerado desmedido, abusivo o adictivo es precisamente el uso que esos dispositivos suponen, proponen y estimulan. Esos artefactos son fruto de esta época, nuestra sociedad los imaginó y los asimiló para ser usados compulsivamente.

Al mismo tiempo en que esas tendencias se arraigan, las formas de vida modernas van quedando anticuadas. Durante el auge de aquella cultura decimonónica, la escuela desempeñó un rol fundamental, valiéndose de un conjunto de tecnologías analógicas de lectura y escritura: lápiz, papel, cuaderno, pluma, escritorio, biblioteca, tintero, pizarrón, tizas.

Hoy notamos una incompatibilidad cada vez más acelerada de nuestros cuerpos y subjetividades con respecto a ese instrumental, que crece en paralelo a la simbiosis con sus sustitutos digitales: pantallas, teclados, redes, algoritmos, *selfies*, *likes*, emojis.

Esa transición es algo que está ocurriendo también dentro de la escuela, una institución que enfrenta desafíos gigantescos. Entre otros motivos, porque al sintonizarnos con los dispositivos digitales que nos permiten (y nos incitan a) estar conectados en cualquier momento y lugar, dejamos de ser aquellos cuerpos afinados con la dinámica escolar. Nos vamos convirtiendo en otros tipos de seres, que desarrollan formas de vivir muy distintas, con hábitos que —hasta hace unas pocas décadas— parecerían entre prodigiosos y aterradores, entre utópicos y distópicos, como salidos de una inverosímil película de ciencia ficción.

Un ejemplo son las clases *online*, generalizadas durante la pandemia de 2020 y que ahora se han convertido en una opción más, conviviendo o rivalizando con sus equivalentes presenciales. ¿Cuáles son los usos del tiempo y del espacio en cada una de esas situaciones? Para ir la clase tradicional, tanto estudiantes como docentes deben desplazarse físicamente, desplegando una serie de rituales vinculados con el espacio tridimensional y con el tiempo cronológico. Tienen que dejar de hacer otras cosas, lo cual no sucede necesariamente en las clases mediadas por dispositivos digitales, que se prestan a la multitarea y prescinden de esas ataduras espacio-temporales.

También es evidente que cambian los modos de relacionarnos con nosotros mismos, con los demás y con el mundo en cada caso. No es lo mismo encontrarse con gente que comparte un espacio físico, les guste o no, que ser un rectángulo negro con un nombre en la pantalla, una foto que habla o tipea, o (en el mejor de los casos) una imagen captada en video en tiempo real. El costo-beneficio varía en muchos sentidos,

cada consumidor sopesará en qué medida y si vale la pena; pues esa es la idea, en realidad. Más allá de sus funcionalidades comparables, porque en ambas situaciones se efectúa determinada transmisión de conocimientos, sin duda se trata de experiencias muy distintas, y cada una de ellas sintoniza con proyectos de mundo y maneras de vivir también bastante diferentes.

Claro que sería igualmente posible ver continuidades y destacar semejanzas. De hecho, seguimos usando la misma palabra, “clase”, para definir ambas circunstancias, suponiendo que lo único que cambia es un detalle: el soporte tecnológico. En un caso es un edificio con aulas, pupitres y pizarrones, consagrado con toda su aura institucional, mientras que en el otro esa infraestructura es mucho más ubicua e informal, además de transferirse a internet, módems, computadoras, *tablets* o teléfonos celulares. Podrían interpretarse como prácticas muy parecidas, por tanto, que usan otros instrumentos y lenguajes para lograr lo mismo.

Algo similar podría decirse acerca del uso de pantallas individuales por parte de los estudiantes, incluso cuando están de cuerpo presente en aulas físicas, reemplazando así a los útiles analógicos que antes usaban para hacer las tareas escolares. Pero ahora se conectan a las redes, y eso los vuelve capaces de algo antes imposible: atravesar las paredes del colegio para participar, cada uno por su lado, en situaciones completamente ajenas a lo que sucede en la sala. Por eso, aunque sea válido evaluar el viraje digital desde ese prisma continuista, al poner el foco en las diferencias salta a la vista el cambio de época: no se trata de una mera alteración tecnológica, simplemente porque nunca lo es.

Vale la pena observar un segundo ejemplo para notar otras aristas del mismo fenómeno. Las cartas escritas a mano, que se redactaban con esmero y luego se doblaban dentro de un sobre para despacharlas por correo, confiando que después un

cartero lo entregaría al destinatario en algún rincón del planeta. En contraste, ahora tenemos los mensajes de WhatsApp, Signal o Telegram. Si se podría decir que ambas tecnologías son comparables porque nos comunican con alguien ausente, conviene prestar más atención a sus diferencias.

En los viejos intercambios epistolares, los usos del tiempo y del espacio eran muchísimo más dilatados: las respuestas solían demorar semanas o meses, las distancias eran trabajosamente conquistadas desplazando un objeto tridimensional por la superficie del planeta. Además de la paciencia y el dominio de la incertidumbre que demandaban, pues nunca se sabría si una respuesta no llegaba porque la carta se había perdido antes de alcanzar su destino, o bien porque quien la recibió no respondió, o porque lo que se extravió fue la ansiada epístola que jamás arribaría.

En cambio, ahora, un signo en la pantalla nos informa si el destinatario vio o no el mensaje. También podemos saber cuándo fue la última vez que se conectó y dónde se encuentra en este momento, entre muchas otras opciones de monitoreo que los celulares suelen ofrecer. Es posible mandar un mismo mensaje a mucha gente a la vez; enviar fotos, audios y videos ilimitadamente, desde cualquier lugar y en cualquier momento; y todo está impregnado de una velocidad, una ubicuidad, una inmediatez y una instantaneidad, incluso una "gratuidad" antes impensables.

Esos cambios tan contundentes en la dimensión espacio-temporal implican actitudes vitales muy disímiles. En vez de entrenarnos en el ejercicio de la espera a largo plazo, los nuevos artefactos promueven impaciencia y ansiedad. Por eso, el viraje del instrumental analógico al digital es la punta del iceberg de una gran transformación histórica, que se puede observar poniendo el énfasis en la compatibilidad de nuestros cuerpos con esas tecnologías, pero va mucho más allá de ese plano técnico más visible o superficial. Abarca

cambios superlativos en los modos de vivir, un proceso del cual las herramientas sin duda forman parte, aunque no son su causa. En esa gran mutación del mundo mecanizado al digitalizado se inscribe el trastocamiento del suelo moral aquí en foco, y las tecnologías no tienen ninguna neutralidad en ese proceso.

No hay nada casual o imparcial en el hecho de que muchos de estos síntomas históricos surjan justamente en una época en la cual la inmensa mayoría de la población mundial se ha equipado con aparatos que permiten (y estimulan) conectarse con cantidades inauditas y siempre crecientes de personas, mientras posibilitan grados igualmente inéditos de aislamiento y autonomía, como probó la reclusión a escala global motivada por la pandemia. Si cada uno está convenientemente hiperconectado a la red, todo (o casi todo) puede seguir funcionando durante meses o años o para siempre.

Participar en una reunión de trabajo mientras se busca a los hijos en el colegio o se tonifica la musculatura en el gimnasio. Pelearse con presidentes que gobiernan por X o Twitter, tecleando insultos a diestra y siniestra entre sus respectivos seguidores o *haters*. Dar una conferencia en Bogotá por la mañana y otra en Tokio a la tarde, sin nunca quitarse las pantuflas y encargando el almuerzo por *delivery* en el intervalo mientras se mira una serie. Enamorarse de *chatbots* animados por inteligencia artificial y preferir ese tipo de relación a cualquier otra que jamás se haya tenido o se pueda tener⁴⁶. Seguir una clase *online* mientras se lavan los platos, o manejando el auto entre un compromiso y otro, o bien de vacaciones en la playa o andando en bicicleta por el parque. Saber que podemos ver todas las películas o escuchar todas las canciones del mundo, en el momento y el lugar que se nos ocurra.

46 Titcomb, James. "A relationship with another human is overrated: inside the rise of AI girlfriends", *The Telegraph*, 16/7/2023.

Todo eso sería imposible, incluso inimaginable, si siguiéramos siendo compatibles solamente con las tecnologías analógicas de la era moderna. Es decir, herramientas que —así como estas con las cuales ahora nos ensamblamos— tampoco tenían nada de neutrales, pero estaban diseñadas para propiciar un tipo de subjetividad y modos de vivir muy distintos a los actuales.

CORRIENDO PARA NO PERDERSE NADA

“Cuando ves algo en Netflix y te enganchas, te quedas despierto hasta tarde”, declaró Reed Hastings en 2017⁴⁷, cofundador y en aquel momento también codirector de esa empresa. La situación relatada por el directivo se volvió muy habitual en la última década para sus cientos de millones de clientes en todo el mundo⁴⁸; y, en esos casos, su principal rival no sería ninguna de las otras plataformas ni emisoras de programas audiovisuales, sino el sueño de los espectadores.

El agotamiento psicofísico del consumidor es un obstáculo que frena la continuidad del flujo: cuando esa debilidad biológica del cuerpo humano se manifiesta, el abonado desiste de continuar *maratoneando*, aún a su pesar. “Estamos compitiendo contra el sueño”, concluyó el ejecutivo en esa entrevista concedida al diario británico *The Guardian*, para luego añadir su afanosa expectativa con respecto a un nicho gigantesco que debería poder explotarse, si tan solo fuera posible vencer esa atávica necesidad de cerrar los ojos para descansar: “Ahí existe una enorme reserva de tiempo”⁴⁹.

47 Hern, Alex. “Netflix’s biggest competitor? Sleep”, *The Guardian*, 18/4/2017.

48 A fines de 2023, la empresa tenía 260 millones de clientes en casi doscientos países. “Netflix cierra 2023 con más de 260 millones de suscriptores”, *TTVnews*, 24/01/2024.

49 Hern. *Op. cit.*